VENTANA MAGNÉTICA

FERNANDO FAGNANI

VENTANA MAGNÉTICA

Fagnani, Fernando
Ventana magnética / Fernando Fagnani. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2026.
96 p. ; 22,5 x 14 cm.

ISBN 978-987-628-801-9

1. Narrativa Argentina Contemporánea. 2. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A860

Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Primera edición en Argentina: Febrero de 2026

© Fernando Fagnani, 2026
© de la presente edición Edhasa, 2026

C/Diputació, 262, 2ª 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-801-9

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Oportunidades S.A.

Impreso en Argentina

Este edición de 1.200 ejemplares de la *Ventana magnética* de Fernando Fagnani se terminó de imprimir en Oportunidades S.A., CABA, el 31 de enero de 2026.

—¿Y todo esto es cierto? —preguntó en inglés—.
¿Nada de la historia es inventado?
—Nada —dijo Judith—, todo esto ocurrió.
Carta breve para un largo adiós, Peter Handke

Primera parte

Apacible fluye el Don apacible.
Amarilla la luna entra en mi casa.
Réquiem, Anna Ajmátova

Trayectos

Hasta hace pocos años, la calle tenía otro nombre. Quizás más apropiado: recordaba a un vecino célebre del lugar, alguien que había vivido a principios del siglo XX. Es corta, un pasaje de no más de cien metros. Empieza en Medrano y termina en Lezica, en una plaza diminuta, con una fuente sin agua, bancos y un enorme árbol que a toda hora da sombra. Está amenazada por el ruido: la avenida Rivadavia, la misma Medrano, el tren de la línea Sarmiento que corre paralelo detrás de la hilera de casas. Pero ese ruido no la invade. Buenos Aires, cualquier metrópolis, tiene esos inesperados oasis, anomalías donde la ciudad recuerda que alguna vez, un mundo atrás, su escala fue humana.

Como todos los recuerdos que preservamos de la infancia, el actual nombre de la calle, Dr. Carlos A. Gianantonio, tiene para mí resonancias míticas. Si creyera en la casualidad, diría que la descubrí por azar, pero más atinado es decir que estoy a la caza de signos y señales que reescriban, aunque sea de manera fugaz, mi presente.

Es un descubrimiento de hace unos meses, en un momento de mi vida en que todo aquello que me remite al pasado, y más precisamente, a un pasado que no estoy buscando rememorar, tiene un poder de convicción y una pureza que me desarman.

Estas apariciones, pienso, tratan de consolarme y darme ánimo. Suelen lograrlo.

Cada quince días, los sábados al mediodía, voy desde mi casa en Belgrano hasta el barrio de Almagro. Un encuentro con amigos. Por razones ajenas a mi voluntad, estoy inmunodeprimido. Me están prohibidas las aglomeraciones y usar el transporte público. Una de las ventajas de pedir el auto cada dos sábados desde una aplicación del teléfono es que puedo reclamar el silencio. Entre las opciones, me deja elegir si quiero o no quiero conversación, y elijo "Sin conversación". También me ofrece variantes de temperatura y pongo "Fría". Eso obliga al conductor a poner el aire acondicionado y levantar los vidrios.

Por si todas estas indicaciones no fueran claras, subo al auto con unos enormes auriculares calzados en las orejas, con los anteojos de lectura puestos y un libro en la mano; como si me hubiera movido de un ambiente a otro en mi casa y no subido al espacio compartido de un auto. Así entubado viajo, siguiendo la ruta que el mapa le recomienda al conductor. Solo indico el destino, nunca sugiero un camino. Saludo al subir y al bajar. El resto es silencio.

Las palabras siempre han sido importantes para mí. Como lector, seguro desde que descubrí *Tres cuentos* de Flaubert en una edición amarilla de tapa dura de Libro de Bolsillo, que aún conservo. Cada vez que lo leo, me resulta imposible imaginar a Flaubert inclinado sobre la página que descansa sobre su escritorio, escribiendo, haciendo fluir la tinta. Veo otra cosa, más dura, más pura. Tres bloques de piedra rugosa y blanquísima, tres cubos verticales, uno por cuento, que tienen la consistencia del mármol. Tres tumbas de pie, de letra encerrada. Flaubert cincela, quita, raspa, limpia, con extrema dedicación. Debajo de lo que sobra, esperando ver la luz, están los cuentos escritos, exactos,

perfectos. Un golpe de más malogra una frase, uno de menos deja vivas palabras que sobran. Cuando termina, página, letra, sentido, sonido son indiscernibles. Es un libro que nació escrito.

Debido a una serie de eventos desafortunados, mi sentimiento hacia las palabras se ha radicalizado. Ahora se volvieron cruciales, les exijo la máxima eficacia. Que sean pocas, precisas, que tengan prohibido el malentendido. La carga sentimental debe ser mínima, la indispensable para que no suenen neutras y vacías. Sin ser autoritarias, espero que diagnostiquen, cierren heridas, despejen lo confuso; la comunicación está implícita. Importa el rigor, no la vanidad de la elocuencia o el giro ingenioso. Tienen que recorrer rápidamente y sin desvíos lo que media entre la intención y la expresión, y expresión e intención deben ser un solo cuerpo, sin fallas ni pérdidas. La digresión la escucho como un crimen.

Los sábados, entre Belgrano y Almagro, son, según parece, de una regularidad absoluta. Como mulas, el tráfico se ordena siempre por las mismas calles y avenidas, el flujo de autos es parejo. El resultado es que el recorrido sugerido por Waze o GPS es siempre el mismo: Cabildo, Santa Fe, Godoy Cruz y Paraguay, y luego dobla en Medrano, donde la calle empieza.

Y ahí también empieza el sufrimiento. Medrano, cruzando Corrientes, me enferma. La tengo asociada al Hospital Italiano, donde tantas veces visité a mi padre internado. Aparte la calle se angosta y colapsa entre Perón y Rivadavia, provoca claustrofobia. Es un lodazal de bocinas, autos y gente nerviosa en las veredas comprando ofertas. Parece oscurecerse, como si cayera sobre ella la pegajosa niebla de la ansiedad, lo impostergable.

Con la mirada perdida, veo cómo me va cercando esa mezcla de agresividad contenida, suciedad e impotencia. Me asfixio dentro del auto. Ni se me ocurre bajarme; esos estados alterados

son contagiosos. Cuando llego a la esquina de Rivadavia y descubro una vez más la confitería Las Violetas, esa obscenidad que aspira a reunir de manera natural (vale decir, de la forma más artificial posible) la tradición, la distinción y lo popular educado, abatido cierro los ojos.

La quincenal reiteración de este padecer me obliga a buscar otras rutas. El pasado a veces nos socorre. Hay una calle alternativa y la adoro: Acuña de Figueroa, donde un verano, el de 1988, renací. En ese entonces, aproveché una oportunidad y abandoné de la noche a la mañana la casa de mis padres: un estudio de danza quedaba libre tres meses y podía vivir ahí por un precio módico. Por la mañana trabajaba de cobrador para un laboratorio y antes de las dos de la tarde ya estaba de vuelta. Con todo el tiempo para mí. ¿Cuál era el "mí" de ese entonces? Leer, exclusivamente.

Vivía en un solo y enorme ambiente que daba a la calle. Los árboles que caían sobre los balcones franceses retenían el calor del verano, y en una reposera, poseído, hasta la noche, leía. En tres meses, despaché *Anna Karenina*, *Crimen y Castigo*, *Los hermanos Karamazov*, *En busca del tiempo perdido* (con excepción de los tomos tres y cuatro que me hastiaron), *Proust y los signos* y *Spinoza y el problema de la expresión*, de Gilles Deleuze, todo Raymond Chandler, todo Hammett, el teatro de Ramón del Valle-Inclán, una docena o más de novelas policiales y varias veces los *Tres cuentos* de Flaubert; un contrapunto necesario ante el torrente narrativo ruso y la deslumbrante metonimia proustiana. Ya sabía que podía admirar ese talento, pero no quería seguir su brecha, no quería que su música, tan cautivante, tan propensa a la mímesis, colonizara mi voz.

Mi respiración de lector se completó ahí; podría decirse que recién entonces me convertí en un lector con derecho pleno.

No por la ingente cantidad de páginas, sino por algo más inasible, algo que descubrí me faltaba: aprendí a leerme como lector, a entender cómo leía y qué precisaba leer en cada momento el lector que había en mí. Desde entonces, no he hecho otra cosa que leer, sobre todo sin un libro en las manos.

Como prácticamente todas las calles, Acuña de Figueroa es cambiante. Entre Soler y Cabrera, conserva los trazos del barrio de Palermo, esa recoleta satisfacción hecha de árboles altos, casas discretas y una empática familiaridad. Si me desmayara acá, pensaba, seguro que rápidamente alguien vendría a socorrerme. Entre Cabrera y avenida Corrientes, igual que el resto de las paralelas, se deteriora, tiene un aire marginal y descuidado, entre la amenaza y lo maligno. Pero a partir de Corrientes se renueva y florece de un modo extraño, gracias a una no buscada ambigüedad.

Es cierto que cuando uno se para en esa esquina, lo primero que se ve, a la izquierda sobre la avenida, aterra: una inmensa iglesia evangelista, ancha y maciza, en un triple o cuádruple terreno, una monstruosidad de aire neofascista que supo incorporar detalles modernistas. Tiene una bandera argentina ondeando justo en la esquina; me parece repulsivo, por condescendiente. Es un edificio que ocupa un tercio de la cuadra de Corrientes, donde está la entrada marcial de la iglesia, y más de la mitad de la de Acuña de Figueroa, en lo que parecen ser oficinas, con un aire de búnker de la CIA o de casa de caudales que impresiona.

En ese lugar, es un cuerpo extraño, en el sentido positivo de la expresión. Establece un diálogo tan afinado con el entorno de construcciones que las mejora a todas. Les permite ser libres y desentenderse de la belleza, el cuidado y la simetría. Todo eso cae bajo la responsabilidad de la iglesia y lo cierto es que lo asume a la perfección, con holgura.

Ya habiendo cruzado Corrientes, caminando en la vereda del búnker, cubierto mi cuerpo con su sombra, en un mediodía de calor intenso, un sábado de noviembre, el entorno me ofrece, de repente, serenidad y parsimonia. Acá conviven construcciones nuevas y austeras, casas originales y viveros, lo que ha quedado del viejo Mercado de las Flores. Mezcla curiosa. No invita al diálogo, no hay nada que admirar, aunque no llega a ser hosca: es reservada, con cierta indiferencia hacia el caminante, una indiferencia que también se puede tomar como una ligera hostilidad contenida, reservada para cualquiera que se aventure entre estas calles.

Esto se aprecia: uno puede caminar concentrado en sí mismo, en unas calles que no quedarán en la memoria ni dejarán heridas en el corazón. Tan cerrada está sobre su naturaleza, tan enjuta, que, a pesar de estar más cerca del Hospital Italiano, apenas cien metros contra los doscientos de avenida Medrano, jamás pienso en las convalecencias de mi padre. La calle me arropa y me protege. Prometo volver siempre por acá. Cumplo a rajatabla esa promesa.

Unos cuatrocientos metros después, al llegar a Bartolomé Mitre, calle espantosa si las hay de principio a fin, a excepción de unas pocas cuadras en el Microcentro, llegando al Bajo, donde adquiere una personalidad altiva y suficiente, en buena medida regulada por los edificios públicos y de grandes bancos que alberga, me invade la gratitud. Por varias razones: el cartel de una rotisería que siempre me hace sonreír ("El amor puede esperar, el hambre no"), un grafiti que mejora un paredón mugriento ("Somos una especie en peligro de extinguirlo todo"), la presencia del tren de mi infancia, el Sarmiento, porque nací a pocas cuadras de la estación Liniers, luego viví cerca de la estación Flores, hice la primaria enfrente y más tarde volví a las

cercanías de Liniers. Ahora han techado una parte del túnel por donde pasa el tren para construir una plaza que es también un paseo.

Nada sabía de esta novísima invención porteña: aprovechar los espacios aledaños a las vías del tren parar crear un circuito lúdico y natural, y que pudiera ser un hallazgo feliz. Lo descubrí en una de mis visitas al Instituto Alexander Fleming, institución decana en oncología. A partir de mediados de octubre del 2024, y durante bastante tiempo, me tocará peregrinar hacia ese edificio. Primero, durante tres meses cada quince días, luego otros dos meses asistiendo a diario, de lunes a viernes a las siete de la tarde, y finalmente tres visitas más, ruego que las tres últimas, una cada veintiún días. Entre ocho y nueve meses; un bebé al revés. No para que algo nazca sino para que desaparezca.

Ese día, el día que descubrí el paseo cercado por las vías del tren, había salido temprano de mi casa y decidí ir solo, sin la compañía de mi mujer y mi hija. Caminando. Como siempre, tenía un doble sentimiento: llegar puntual, exactamente a las nueve, ni un minuto antes ni uno después, y no llegar nunca, que la enfermedad desapareciera, que todo fuera un malentendido.

Calculo mal y llego media hora antes. Mantengo la distancia, no quiero ver el edificio, merodeo por el parque en vez de cruzar la barrera por Virrey Avilés. Del edificio me separan las vías y un alambrado, un anticuerpo necesario. La gente camina o pasea a sus perros con una tranquilidad que me asombra; nunca supe conseguirla para mí.

Lo extraño es que ahora, cuando menos sereno debería estar, en el peor momento, sí encuentro esa paz. Las renovadas formas que puede tomar el autoengaño son un misterio. Y luego pienso un poco mejor: no tengo paz, serenidad, nada de eso. Estoy entregado, a merced de las melodías de la vida, confiando en

que me lleven a buen puerto. Ni siquiera preciso que sea bueno. Con dejar atrás este espacio–tiempo me doy por contento.

Allí parado veo los trenes pasar. A diferencia de amigos y conocidos que asocian los trenes a la libertad yo los relaciono con el intervalo. Cuando estoy en un tren no estoy en ningún lado, al margen de mi vida. Pagaría por estar en un tren de manera continuada, sin bajarme nunca. Un incordio: miro la hora y son las nueve menos diez. Ya toca el Fleming. Allá voy.